

Que al pasar por sus dominios  
La juventud les mostró.  
¿Qué decían? sus ilusiones.  
¿Qué lamentan? su valor.  
Nada de cuanto gozaron  
Al desierto les siguió.

Alguna vez aun deliran  
Con la halagüeña vision  
De aquel palacio encantado  
Que falaz les hospedó;  
Pero al pensar en los cantos  
Que el deleite seductor  
Les murmuró en los oídos  
En soñada prediccion,  
Doblan al suelo la frente  
Con incrédulo dolor  
Diciendo al ir su camino:  
¡Mentira! todo pasó.

Así por entre la nieve  
Cruzando el desierto van  
Adolfo y la maga en lento  
Paso, por quebrado herial.  
Cada vez mas se acercan  
A las riberas de un mar,  
Que al confin de aquella tierra  
Tendido en silencio está.

Es el agua turbia, inmoble,  
Cuyo fin se pierde allá  
En un caos de profunda  
Insondable oscuridad.

Ni el viento al pasar la arruga,  
Ni en espumas de cristal,  
En las húmedas arenas  
Se viene á desmenuzar.

Ni escupe conchas de nácar,  
Ni en su estensa soledad  
Saltan avaros los peces  
El ambiente á respirar.

No se alcanza de la playa,  
Por el perdido arenal,  
Mas que una choza mezquina  
De estrecha concavidad,

Cuya puerta desquiciada,  
Ya mohosa y desigual,  
Como párpado sin ojo  
Mirando hácia el agua está.

Llegando allí, dijo Adolfo:  
"No puedo, Esperanza, mas;  
Entremos en esa choza  
Un momento á descansar."

Entraron en la cabaña,  
Y á la débil claridad  
Con que alumbraba todavia  
Un crepúsculo fugaz

Hallaron un ancho espejo,  
En cuyo limpio cristal  
Adolfo vió con espanto  
Una sombra reflejar.

"¿De quién es aquella imagen?"  
Preguntó, en duda tenaz

Con su memoria luchando  
Recelando la verdad.

—Esa imagen es la tuya.  
—Pues, ¿cómo mi frente ya  
Calva y arrugada miro  
Y tan gastada mi faz?  
¿No era ayer niño y hermoso  
Contigo, Esperanza, al dar,  
Cuando á despertar veniste  
Mi infantil curiosidad?

—Entonces naciste al mundo,  
Y el canastillo en que audaz  
Conmigo bogastes, era  
Tu cuna, Adolfo, no mas.  
Las brisas de mis promesas  
Llevaron á desear,  
Y entraste por el camino  
De la loca vanidad.

Así el valle de la vida  
Has venido á atravesar  
Entre pensiles de flores  
Y palacios de cristal.

—Ay! clamó Adolfo llorando,  
Que no los puedo olvidar,  
Ni á aquella reina orgullosa  
A quien ya no veré mas.

—Así se pasa la vida  
En gemir y en esperar  
Lo que buscamos en ella,  
O lo que perdimos ya.

Esta choza es una puerta  
De la oscura eternidad,  
Ese espejo es la razon,  
Y la nada es ese mar.

Todo aquí se desvanece;  
Nada hay delante y detrás.  
Allá se queda la vida,  
Y los deleites allá.

Este es el punto por donde  
Se descubre la verdad,  
Y aquí solo la Esperanza  
Aún con nosotros está.

## VI.

## PLEGARIA.

¡Blanca ilusión! ¡benéfica esperanza!  
Triste y última luz del corazón,  
A cuyo tibio resplandor se alcanza  
Un mas allá en el hondo panteón;

Tú sola nos alivias el camino  
En que entramos al tiempo de nacer;  
Nuestro amargo destino es tu destino,  
Siempre amiga te hallamos por do quier.

Delante de ese espejo misterioso,  
De nuestra nada ante el estenso mar,  
Aún vienes con semblante cariñoso  
Nuestra seca razón á consolar.

¡Oh! tú nos doras la niñez tranquila,  
Enciendes nuestra ardiente juventud,  
La vejez nos sostienes que vacila,  
Y aun ardes en el cóncavo ataud.

Sol en la vida, lámpara en la muerte,  
Siempre nos vienes asistiendo en pos;  
Y amiga fiel, nos dejas al perderte  
Al pié del trono del inmenso Dios.

¡Sol de mi vida! sin cesar, conmigo  
Mis lentas horas alumbrando ven,  
No apagues, no, tu resplandor amigo,  
Mientras mis ojos en vigilia estén.

¡Lámpara de mi nicho solitario!  
Baja conmigo al negro panteón,  
Y séanme los pliegues del sudario  
De sueño eterno santo pabellón.

## SETIMA PARTE.

## DEDICATORIA

A MI AMIGO

## D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Mi querido Juan Eugenio,  
Mi octavo tomo publico,  
Y al cabo te le dedico  
En holocausto á tu ingenio.

Ve si contigo me porto,  
Un cuento te he prometido,  
Y un tomo te doy cumplido;  
No me acusarás de corto.

Otros buscan con su obra  
Destinos ó proteccion;  
Yo no grabo á la nacion,  
Conmigo mismo me sobra.

Mientras siga el editor  
Versos y libros pidiendo,  
Iré libros escribiendo,  
Que lo tengo por mejor

Que pedir al poderoso,  
Mendigar del ignorante,  
Y rogar al arrogante,  
Que soy yo muy orgulloso.

Buscar un crítico enfático  
Que alabe mi obra no quiero,  
Que tan bien como el primero  
Puedo ser yo catedrático.

Y á mas, para entre los dos,  
Los criticones de ogaño  
No nos harán mucho daño,  
Saben poco, ¡vive Dios!

No se echan muchas vigiliass  
Hoy en críticos estudios,  
Tras poquísimos preludeos  
Hoy de crítico te filias.

Con ir un mes á Paris  
Y almorzar con Víctor Hugo,

Vuelves y pones el yugo  
Literario á tu país.  
"¡Las letras están fatales!"  
Vienen diciendo de allá.  
"Las artes . . . ¡ástima da!  
¿No están en el Congo tales!  
¿Pues los teatros? ¡da grima!  
Ni de talento hay destellos . . .!"

Y escriben comedias ellos  
Como maestros de esgrima.  
Tajo aquí, cercen allá,  
Ora á la regla, ora al gusto,  
Cada escena nos da un susto,  
Si calambre no nos da.

Y viendo al fin que no atinan  
Por medio ninguno humano,  
Cortar el nudo gordiano  
Ex cathedra determinan.

Con nuevas nomenclaturas  
Sus disparates bautizan . . .  
Y tanto la luz atizan,  
Que nos dejarán á oscuras.

Quien de la escuela moderna  
Genio innovador se llama,  
Barba, galan, paje y dama,  
Despacha á la vida eterna.

Quien se dice de la antigua,  
En cánticos pobrecitos  
De la otra cambia los gritos,  
Y que da sueño averigua.

Yo que tal veo, me digo:  
¡Tanto valen á fè mia!  
Con que firme en mi manía  
De andar con entrambos sigo.

En lo que no hago por Dios  
Mas que con maña oportuna,  
Tentar á la par fortuna  
Por cualquiera de las dos.

A veces de sangre un río  
Vierto, en situacion acerba,

Y á veces con una yerba  
Como un tonto me estasio.  
Y en esto sin duda alguna  
Con sesudo estoicismo  
Pruebo que me dá lo mismo  
Por las dos, que por ninguna.  
Sin embargo, de mi afán  
Me daré por satisfecho  
Si no te enfada lo hecho  
*En Montoya el capitán.*  
El pueblo me lo contó  
Sin notas ni aclaraciones:  
Con sus mismas expresiones  
Se lo cuento al pueblo yo.  
Inútil es que me pidas  
Para medirle compas,  
El pueblo tiene no mas  
El compas con que le midas.  
La gente crítica y docta  
Que por decidir se muere,  
Califíquele, si quiere  
De milagro ó de anécdota.  
Se me da, Eugenio, un ardite  
Que lo juzgue bien ó mal,  
Que la llame obra inmortal  
O de necia la acredite,  
Porque según lo que vemos,  
No hay obra, y mas siendo agena,  
Que sea á su juicio buena . . .  
Con que pregunto, ¿y qué hacemos?  
Escucha los silogismos  
Con que vengo á deducir  
Que debemos escribir  
Sin miedo á nosotros mismos,  
Si apenas entre unos y otros  
Hay un buen libro que hojear,  
Fácil es de remediar,  
Escribámosle nosotros.  
Tal vez en el *item* demos,  
Y si no damos, peores  
Que los demas escritores  
A fé que no quedaremos.  
Y ademas, si es el placer  
De los sabios *mal-decir*,  
¿Si damos en no escribir  
Qué mil diablos han de hacer?  
Yo soy terco, y lo confieso,  
Pues lo que escribo critican,  
Escribo porque se pican  
Y ambos roemos el hueso.  
Que al cabo va convenciéndome  
La experiencia por de pronto,  
De que no faltará un tonto  
Que se divierta leyéndome.  
Y concebirse no puede  
Que no tenga un solo amigo  
Que aplauda lo que yo digo,  
Como á muchos le sucede.  
Yo sé que en ambas escuelas  
Habrá quien haga á este prólogo  
Allá á solas un monólogo  
Como á una flucsi6n de muelas.  
Mas yo vivo por fortuna

En tan dulce escepticismo,  
Que se me importa lo mismo  
Por las dos, que por ninguna.

## EL CAPITAN MONTOYA.

I.

### LA CRUZ DEL OLIVAR.

Muerta la lumbré solar,  
Iba la noche cerrando,  
Y dos ginetes cruzando  
A caballo un olivar.  
Crugén sus largas espadas  
Al trotar de los bridones,  
Y vense por los arzones  
Las pistolas asomadas  
Calados anchos sombreros,  
En sendas capas ocultos,  
Alguien tomara los bultos  
Lo menos por bandoleros.  
Llevan, porque se presuma  
Cuál de los dos vale mas,  
Castor con cinta el de atras,  
Y el de adelante con pluma.  
Llegaron donde el camino  
En dos les divide un cerro,  
Y presta una cruz de hierro  
Algo al uno de divino.  
Y es así, que si los ojos  
Por el izquierdo se tienden,  
Sotos se ven que se estienden  
Enmarañados de abrojos.  
Mas vese por la derecha  
Un convento solitario,  
En campo de frutos vario  
Y de abundante cosecha.  
Echóse á tierra el primero,  
Y al dar la brida al de atras,  
Aquí, dijo, esperarás;  
Y el otro dijo: Aquí espero.  
Y hácia el convento avanzado  
Del caballero, en la oscura  
Sombra, se fué la figura  
Hasta perderse menguando.  
Quedó el otro en soledad,  
Y al pié de la cruz sentado  
Siguió inmóvil y embozado  
En la densa oscuridad.  
Mugía en las cañas huecas  
En son temeroso el viento,  
Rasgándose turbulento  
Por entre las ramas secas.  
Y en los desiguales hoyos  
Con las lluvias socabados,  
Hervían encenegados,  
Sin cauce ya los arroyos.  
Ni habia una turbia estrella  
Que el monte alumbrara acaso.

Ni alcanzaba á mas de un paso  
Ciega la vista sin ella.  
Ni seña se apercibia  
De vida en el olivar,  
Ni mas voz que el rebramar  
Del vendabal que crecia.  
Y al hierro santo amarrados  
Ambos caballos estaban,  
Y allí en silencio aguardaban  
A esperar acostumbrados.  
Ni de la áspera maleza  
Pisada al agrio rumor  
Les volvió su guardador  
Solo una vez la cabeza.  
Un pié sobre el otro pié,  
Embozado hasta las cejas,  
Metido hasta las orejas  
El sombrero, se le ve  
Como un entallado busto  
De alguno que allí murió,  
Y allí ponerse mandó  
Por escarmiento ó por susto.  
Ni increíble faltaria  
Que si cerca dél pasara  
Medroso se santiguara  
Dudando le que seria,  
Que á quien suele con la luz  
Y en compañía blasfemar,  
Bueno es hacerle pasar  
De noche junto á una cruz.  
Mas esto se quede aquí;  
Y volviendo yo á mi cuento,  
Digo, que dudoso y lento  
Gran rato se pasó así.  
Y ya se estaba una hora  
De espera á espirar cercana,  
Cuando sonó una campaua  
De lengua aguda y sonora.  
Y aun duraba por el viento  
Su vibracion cuando el guia  
Alguien notó que venia  
Por el lado del convento.  
Sacó la faz del embozo,  
Y oyendo el son mas distinto,  
Echóse la mano al cinto  
Y "¿quién va?" el amo y el mozo  
Preguntaron á la par;  
Mas conocidos los sonos  
Asieron de los bridones  
Y volvieron á montar.  
Y es fama que menos fiero  
El señor con el criado,  
Dejóle andar á su lado  
Como digno compañero.  
Y este al ver cuán satisfecho  
Volvió de su expedicion,  
Así la conversacion  
Introdujo de lo hecho.  
"Señor, ¿cómo está la monja?  
—¿Y cómo ha de estar, Ginés?  
Atortolada á mis piés,  
Y mas blanda que una esponja.

—¿Y pensais dejarla así?  
—¿Dejarla! ni por asomo:  
No sé todavía cómo,  
Mas la sacaré de allí.  
Que según lo que yo he visto  
Mas quiere la tortolilla  
Volár libre por Castilla  
Que estar en jaula con Cristo.  
Y aquí el recio vendabal,  
En voz y empuje creciendo,  
Puso lo que iban diciendo  
Para escucharse muy mal.  
Y ellos, temiendo que acaso  
Les cogiera la tormenta,  
Sacaron por buena cuenta  
Los caballos á buen paso.

II.

### UCHILLADAS EN LA CALLE.

En una noche de Octubre  
Que las nieblas encapotan,  
Ahogando de las estrellas  
La escasa lumbré dudosa,  
De la ciudad de Toledo  
En una calleja corva  
Que el paso desde el alcázar  
A Zocodover acorta,  
Es fama que se apostaron  
Seis hombres, que grupo forman  
De una de las dos esquinas  
A la prolongada sombra.  
Murmurando por lo bajo  
Algunas palabras cortas,  
Cortas, porque á ellos les bastan,  
Bajas, por si hay quien las oiga.  
Repartieron sus puestos  
Con precaucion previsora,  
Favorable á los que esperan,  
Y á los que llegan dañosa;  
Y quedaron en silencio  
Casi por un cuarto de hora,  
Tan ocultos y pegados  
A la tapia en que se apoyan,  
Tan hundidas en la niebla  
Sus desvanecidas formas,  
Que hubo quien pasando entre ellos,  
Juzgó la calle muy sola.  
Caía desde las tejas  
Desprendida gota á gota  
La niebla que do halla sitio  
Calladamente se posa:  
Y alguna ráfaga errante  
Con ténue voz melancólica  
Cruzaba de alguna reja  
Las hendiduras angostas.  
Se oían de cuando en cuando  
Sonar por la calle prócsima  
Puertas y aldabas de casas,  
Pasos y voz de personas.

Mas nada á los apostados  
Mueve, anima ó impresionada,  
Ni voces ni transeuntes  
Parecen que les importan.  
Inmóviles permanecen,  
Y las sospechas se agotan  
Al ver que por ellos pasan  
Tanta gente y tantas horas;  
Y es imposible atinar  
Con el intento que forman,  
Cogiendo á la calle espacios  
Por ambas aceras toda.  
Marcó las once un reloj,  
Sonaron tardas y concavas  
De las once campanadas  
Las once pesadas notas,  
Y al par que en la callejuela  
Los cinco se desembozan,  
Alumbrándola por dentro  
Luz á una puerta se asoma.  
Corriéronse los cerrojos,  
Rechinó la llave sorda,  
Y un cuadro de luz voluble  
Vaciló en piedras y losas.  
Traspusieron los umbrales  
Tres bultos, y una tras otra  
Se oyeran tres despedidas  
Que murmuraron tres bocas.  
Quitó la luz el de dentro,  
Dobló á la puerta la hoja,  
Quedó en tinieblas la calle,  
Y dijeron fuera: "¡Ahora!"  
"¡Viles!" gritó el que salía.  
Los que esperaban: "¡La moza,  
Dijeron, cuenta con ella!"  
Y á esta palabra traidora  
En dos pedazos la calle  
Partida, en música ronca  
Crugieron y en lid confusa  
De las espadas las hojas.  
Asirla, dicen los unos,  
"¡Hija á mi espalda!" en voz torva  
Decía el recién salido,  
Que las cuchilladas dobla.  
"¡Cómo, decían los unos,  
Son dos y tenernos osan!"  
"¡Cómo, murmuraba el otro,  
Villanos tientan mi honra!"  
"¡Mueran!" dicen de una parte.  
"¡Vengan!" dicen de la otra;  
Y crece de la contienda  
La confusion temerosa.  
Llueven los tajos sin tino,  
Y aunque se tiran con cólera,  
Como tirados á ciegas  
La mayor parte malogran,  
Pero valientes parecen,  
Porque se buscan y acosan  
Con terquedad tan resuelta,  
Que unos de otros se asombran.  
Dan, hieren, cubren, atajan,  
Tierra ganan, tierra cortan,  
Y al ruido de los aceros

La vecindad se alborota.  
Sacaron luces por alto,  
Gritaron "¡Fuego! ¡la ronda!  
¡La guardia!" ¡mas todo inútil!  
Porque los tajos redoblan.  
Las mismas luces que sacan  
Son de los menos en contra,  
Y por do quiera cercados  
En sus postrimeras tocan.  
En esto la calle arriba  
Llegó un mozo á quien abona  
Por noble la larga pluma  
Con que su sombrero adorna,  
Que escusándose palabras  
Y revelándose en obras  
Echó la capa por tierra  
Y por aire la tizona.  
Púsose en pró de la dama  
Como quien hidalgos goza  
Pensamientos, y ha nacido  
De noble sangre española;  
Y anuncióse con tal furia  
De cuchilladas, que á pocas  
Tendió en la calle dos hombres  
En las postreras congojas:  
Y tan rápido revuelve  
Contra los cuatro que afronta,  
Que con una sola espada  
Para los cuatro le sobra.  
Con tiempo y valor apenas  
Para su defensa propia.  
Dijo uno de ellos: "¡A tanto  
Solo el demonio se arroja!"  
Y al escucharle el mancebo  
Dijo con voz poderosa:  
"Con una legion no basta,  
Para el capitán Montoya,"  
Y haciendo el último esfuerzo  
La calle entera despoja  
Por donde entraba á tal punto  
A todo correr la ronda.

## III.

## OFERTAS.

Quando llegó la justicia,  
De la contienda al lugar,  
Halló asido de la mano  
Con un hombre al capitán.  
Desmayada una doncella  
De él se veía detras,  
Por otro hombre sostenida  
Con intensísimo afán;  
Y cuando ufanos quisieron  
Meter su tardía paz,  
Oyeron en esta guisa  
Al desconocido hablar,  
"Fadrique soy de Toledo,  
Montoya, no os digó mas:  
Mi honor os debo y mi hija;

Si tienen precio mirad.  
Y vedlo bien, que aunque entrambos  
Me demandeis á la par,  
Os juro á Dios desde ahora  
Que son vuestros, capitán.  
—Lo hecho, dijo Montoya,  
Pagado en exceso está  
Con la amistad de un Toledo;  
Esta es mi mano, tomad;  
Hice lo que debe un noble;  
No hablemos en ello mas."  
Y asíéndola Don Fadrique  
Dijo: Montoya, apretad.  
Tornóse despues á su hija,  
Y volviéndose á nombrar  
Paso le dieron y gente  
Con que ir en seguridad.  
Tomó cartas la justicia,  
Y empezando á justiciar  
Llevóse en prenda los muertos,  
Y citó ante el tribunal  
A los testigos que hubiere,  
Incluyendo al capitán,  
Quien calándose el sombrero  
Replicóles: "¡Bien está!  
Póngame, seor corchete,  
Esa capa en caridad,  
Y tome esa friolera  
Con que entierran á ese par."  
Y echando un bolsillo de oro  
De la justicia en mitad,  
Fuése dejando en la turba  
Admiracion general.

Y justamente admirado  
Merece ser en verdad  
Quien da tales cuchilladas  
Y tales bolsillos dá.

## IV.

## EL CAPITAN DON CESAR.

"¡Esa gente es un tesoro!  
El generoso y valiente,  
Ella hermosa, y juntamente  
La ofrecen pesada en oro!  
¿Qué te parece, Ginés?  
Cuatro millones la dan.  
—¡Gran presa, mi capitán!  
¿La aceptaréis?  
—¡Fácil es!  
—¿Y la monja?  
—¡Eso te affige!  
¡Buenas son ambas por Dios!  
Y quién de dos toma dos  
Como hombre avisado elige.  
Dicen que parece mal  
Que hombre de mi condicion  
Viva siempre soltero  
Derrochando su caudal.

Y á mí tambien me parece  
Que quien tanto tiene y vale,  
Pues de lo vulgar se sale  
Mas de lo vulgar merece.  
La consecuencia te toca;  
Si una me dan y otra quito,  
Que con dos puedo acreditar;  
Con que, Ginés, punto en boca.  
Esto dijo el capitán,  
Y pidiendo de vestir  
Anunció que iba á salir  
A cierto asunto galán.  
Colgóse al cinto la espada  
De plata en doble cadena,  
Tendió la negra melena  
Sobre la gola plegada:  
Caló el chambergo de lado,  
Y retirando el espejo,  
Torno su postrer consejo  
A repetir al criado.  
Doblóse este siervo fiel  
En presencia del señor,  
Y ganando un corredor  
Cruzóle delante de él.  
Abriole de par en par,  
Una tras otra tres puertas,  
Que se quedaron abiertas  
Mucho despues de pasar.  
Vénia le hicieron gran pieza  
Siervos que al paso topó,  
Y un paje tras él salió  
Descubierta la cabeza.  
Y á fé que se colegia  
Mirando tal homenaje  
Que era mucho personaje  
Quien con tal pompa vivia.

Mas ya es tiempo, vive Dios,  
De que dé el lector discreto  
Con quién es este sujeto  
Que anda há rato entre los dos.  
Sepa pues que el capitán  
Don César Gil de Montoya  
Es de las armas la joya,  
Y de las hembras imán.  
Nadie se atreve á afrontallo,  
Ni hay quien resista su lanza;  
Nadie su poder alcanza,  
Sea á pié, sea á caballo.  
En liza donde él se mete  
Por empeño ó por favor  
Nunca falta justador  
Para el último ginete.  
En fiesta ó lance que él entra  
Toda opulencia es escasa;  
Nadie en lo galán le pasa  
Ni mas bizarro se encuentra.  
Favorece á quien pregunta;  
Obliga á quien aconseja,  
Enloquece é quien corteja,  
Y avasalla á quien se junta.  
Audaz con quien enamora,  
Manda, cela, acusa, echeja;

Y al cabo del mes elige  
 Nuevo amor, nueva señora.  
 Un filtro lleva en los ojos  
 Que finaliza á quien ama:  
 Deleite su voz derrama,  
 Y fuego sus labios rojos.  
 Mujer que cayó en su red  
 Su corazón dejó preso;  
 Que sorbe con cada beso  
 Un corazón cada vez.  
 No hay puerta que le resista  
 Ni reja que le desaire,  
 Que entra su amor como el aire,  
 Con solo mirar conquista.  
 Como un sultán opulento,  
 Como un Adónis hermoso,  
 Sin par en lo generoso,  
 Sin igual en ardimiento:  
 Sol que mata las estrellas,  
 La fama arrebatada toda;  
 Y es siempre el galán de moda  
 Entre las damas más bellas.  
 Resuena desde Toledo  
 Su nombre por toda España;  
 Los nobles le tienen saña,  
 Los bravos le tienen miedo.  
 Los gollillas le desdoran,  
 Los clérigos le aborrecen,  
 Los soldados le apetece,  
 Y los villanos le adoran.  
 Mas á él le importa un ardite  
 De tan varia voluntad,  
 Y toma por la ciudad  
 Donde la encuentra desquite.  
 Que no hallando ningún Cid  
 Ni topando una Lucrecia,  
 Cuanta conquista desprecia,  
 Mata cuantos vence en lid,  
 Tiene un palacio por casa,  
 Da fiestas por afrentar,  
 Que no hay quien sepa igualar  
 Sus profusiones sin tasa.  
 Sin amigos y sin deudos  
 Vive solo para sí,  
 Y le mantienen así  
 Sus herencias y sus feudos.  
 Tan rico y gran bebedor,  
 No hay medida á sus deseos,  
 Y pasa entre devaneos  
 Una existencia de amor.  
 Y para ahogar su indolencia  
 Y ocultar que se fastidia,  
 Juega sin afán ni envidia  
 Pedazos de su opulencia.  
 Si gana, sin ver recoge;  
 Si pierde, paga sin ver;  
 Y ni en ganar ni en perder  
 Hay miedo de que se enoje.  
 Y según derrama el oro  
 Cuando pierde ó cuando presta,  
 Parece que tiene puesta  
 Cada mano en un tesoro.

Hay quien de impío le trata,  
 Y juzga que es mal ejemplo  
 Que un paje le lleve al templo  
 Cojin con borlas de plata:  
 Y que es audacia inaudita  
 Hincarse al pié de la grada  
 Y esperar á una tapada  
 Para darla agua bendita.  
 Y aun corren de sus amores  
 Susurros por la ciudad,  
 Que á ser ciertos en verdad  
 Pueden tornarse clamores,  
 Que anda entre ellos una llave  
 Con que se abre un presbiterio...  
 Mas el caso es un misterio  
 Y la verdad no se sabe.  
 El sigue ufano y galán,  
 Y los rumores de que hablo  
 Si los sabe los da al diablo  
 Satisfecho el capitán.  
 Tal es, amigo lector,  
 El don César de mi cuento:  
 Si le crees malo, lo siento;  
 Mas no fué mucho mejor.

## V.

## INSUFICIENCIA DEL POETA.

Casa don Fadrique á Diana,  
 Y en su palacio reúne  
 Cuanto hay en Castilla entera  
 En armas y amor ilustre.  
 Que es don Fadrique muy rico  
 Y á origen de reyes sube,  
 Y solo el rey le aventaja  
 Cuando sus empeños cumple.  
 Ofreció una noche su hija  
 En lance que aun hoy encubre  
 El misterio de las sombras  
 A un hombre, á quien atribuye  
 Tantos misterios el vulgo  
 Como al lance que produce  
 El repentino consorcio  
 Que amor y razones une.  
 Mas aunque pasa la noche  
 Y ya su presencia urge,  
 El novio no está en Toledo,  
 Lo que á sospechas induce.  
 Mas buenas tiene sin duda  
 Razones que le disculpen,  
 Porque aunque le echan de menos  
 Nadie de falso le arguye.  
 Todos aguardan que llegue,  
 Y no hay un alma que dude  
 Que se hallará al dar las diez  
 En los salones del duque.  
 Que él ha marcado esa hora,  
 Y tal confianza infunde  
 Su palabra, que no hay prenda  
 Que mas valga ni asegure.

Prosiguen, pues, de la boda  
 Las fiestas, los brindis crujen,  
 Y suenan los instrumentos  
 Voluptuosos y dulces.  
 Nunca tal gala ostentaron  
 Los que de grandes presumen,  
 Ni vió jamás tanta pompa  
 La asombrada muchedumbre.  
 Inútil es ponderarla,  
 Y querer pintarla inútil,  
 Que fiestas como esta mia  
 Contándola se deslucen.  
 Harto lo llora el poeta,  
 Mas ¡ay, que por mas que luche  
 Con su voz y con su lira  
 La realidad no le suplén!  
 Hará que sus creaciones  
 En bellos versos murmuren,  
 Que canten báquicos himnos  
 Cuando su festín concluyen;  
 Podrá cuando mas se afane,  
 De quien su cuento le escuche  
 Lograr que se finja apenas  
 El rostro, las actitudes,  
 La situación ó el carácter  
 De los seres que dibuje,  
 Todo ello pesado y débil  
 Aunque á lo vano renuncie.  
 Podrá trazar á un cuadro,  
 Aunque sombras se le enturbien,  
 Las principales figuras  
 De que su historia se ocupe;  
 Mas la luz, y el movimiento,  
 Y el todo que las circunye,  
 La multitud, las comparsas  
 Que en torno de ellas agrupe,  
 Que giran, hablan, murmuran,  
 Van, vienen, bajan y suben,  
 Las cercan ó las desvian,  
 Y con ellas se confunden,  
 Y respiran con su aliento,  
 Y con impulsos comunes  
 Con ellas gozan, esperan,  
 Rien, cantan, lloran, sufren...  
 ¡Imposible que lo pinten  
 Y en la mente lo acumulen  
 Con voz, movimiento y vida  
 Fácil, palpable, voluble!  
 ¿Cómo contar el tumulto  
 Que en un momento produce  
 En un salón donde danzan  
 Un lance que lo interrumpe?  
 La voz de—¡Ahí está, señores,  
 Ahí está!—que brota y bulle  
 De boca en boca rodando  
 En derredor se difunde;  
 Y el son de las herraduras  
 Del bridon que le conduce,  
 Que al detenerse en el patio  
 Hace que el patio retumbe,  
 Que en las puertas y ventanas  
 Los que bailaban se agrupen,  
 Y por ver mejor se empuñen,

Se encaramen y se empujen;  
 Los muchos que prodigando  
 Serviles solicitudes  
 Baján á asirle el estribo  
 Porque les mire ó salude,  
 Y el salón que dejan solo  
 Con la alfombra y con las luces  
 Y la chimenea, en donde  
 Chisporrotea la lumbre,  
 ¿Con qué voz, ni con qué lira  
 Se pinta ó se reproduce,  
 De modo que quien escucha  
 Lo conciba y no se ofusque?  
 ¿Cómo el satisfecho porte  
 Contar con qué se descubre  
 Al apetecido novio,  
 Que por la escalera sube,  
 Mientras se agolpa por ella  
 La aturdida servidumbre  
 Y al peso de los curiosos  
 Por ambas barandas oruge?  
 Avanza, pues; por la sala  
 La gente se distribuye,  
 Y este es el lance más crítico  
 Que en toda la noche ocurre.  
 Corre confuso murmullo  
 Y ancho movimiento cunde,  
 Mientras asiendo un instante  
 A sí cada cual acude.  
 Quién se compone la gola,  
 Quién los vuelillos se sube,  
 Quién desencaja una hebilla  
 Porque el cinturón le ajuste,  
 Quién se revienta unos guantes,  
 Y del placer en la cumbre  
 Las hermosas se sonrien,  
 Y ó aunque astutas disimulen,  
 La vista á un espejo tienden,  
 La mano á la flor ó al bucle.  
 La que gracias ó riquezas,  
 Bien que le pasa, no luce,  
 Busca á una bella la espalda  
 Que aunque la humille, la oculte.  
 Aquí asoma un pié pequeño,  
 Allí unos ojos azules,  
 Acá una falda de encaje,  
 Allá un airon de tisúes,  
 Allí un cuello alabastrino,  
 Y allí una mano que pule  
 Un centenar de brillantes  
 Que por mano y dueño arguyen.  
 Todo esto en viviente masa,  
 Con movimientos comunes,  
 Con existencia uniforme  
 Que en todo fermenta y bulle,  
 Que gira ó que vaga á un tiempo,  
 Se dispersa ó se reúne,  
 Danza ó se asoma, y el ruido  
 Cesa, aumenta, ó disminuye;  
 Este momento de atenta  
 Y afanosa incertidumbre,  
 ¿Quién lo cuenta, ó quien lo canta,  
 Por mas que á la par se junten

La voz y el arpa, sin ver  
Que es fuerza al fin que renuncien  
La voz y el arpa humilladas  
A empresa donde sucumben?

Desisto, pues, de mi empeño,  
Y aunque me da pesadumbre,  
El salon de Don Fadrique  
Quien pueda que se figure.

## VI.

## EL NOVIO.

Todos los ojos clavados  
En la puerta del salon,  
Toda la gente del baile  
Agolpada en derredor,  
En impaciente y atenta  
Duda un instante quedó,  
Esperando la llegada  
Del venturoso amador.  
Don Fadrique, Diana y todos  
Los parientes que juntó  
En su fiesta el noble duque,  
De sus huéspedes en pos  
Están al dintel parados,  
Que el danzar se interrumpió,  
Y ahogaron los instrumentos  
Su ya no escuchado són.  
Todos inciertos callaban,  
Y allá en confuso rumor  
Del novio por la escalera  
Se percibía la voz;  
Como si alguno á su paso  
Demandándole atencion  
Recibiera una respuesta  
De superior á inferior.  
“Comprendistes?” dijo al fin  
En voz clara, “Sí, señor,”  
Repuso otra voz humilde,  
Y él á replicar volvió:  
“La hora las dos en punto,  
La gente nosotros dos.”  
Y de sus anchas espuelas  
Aspero compas se oyó.  
Cundió general murmullo  
De gente por el monton,  
La masa de mil cabezas  
Adelantándose hirvió,  
Moviéndose á un tiempo todas  
Para ver y oír mejor;  
Y á tal punto por la sala  
Con paso resuelto entró  
El buen capitan Don César,  
Cual siempre fascinador.  
Echó los brazos al cuello  
De don Fadrique, tomó  
La mano á Diana, y besóla  
Con acendrada pasion.  
Y por la estancia avanzando

En tal guisa les habló:  
“Señor duque, hermosa Diana,  
Si tardé, mirad que estoy  
Pronto desde este momento  
A demandaros perdon.

—Capitan, en vuestra casa  
Nadie exige sino vos.  
Id, venid cuando os pluguiere  
Sin pena y sin restriccion,  
Que en todo lo que gustareis  
Nos dareis gusto y honor.  
—Pues cuando os venga en agrado,  
Señor duque, la ocasion  
Del notario aprovechemos,  
Con la ley cumplamos hoy.  
Y atendiendo á ambos mandatos  
De justicia y religion,  
Hoy nos casarán las leyes,  
Mañana temprano Dios.  
¿Os place?

—Sí, por mi vida.  
—¿Y á vos, Diana?

—¿Tengo yo  
Mas voluntad que la vuestra,  
Mi esposo y libertador?  
—Pues de ese modo abreviemos,  
Que aunque por ello afliccion  
Siento en el alma, esta noche  
Aun mi ausencia no acabó.”

Volvióse á tales palabras  
El duque, y conversacion  
Siguieron de esta manera  
Por lo bajo ambos á dos.  
“Don César, ¡llevais espada?  
—Solamente á precaucion.  
—Sabeis, capitan, que os debo . . .  
—Gracias, duque; aunque de honor,  
No es asunto de estocadas.  
Sino de tiempo.

—¿Por Dios  
Que tomara por agravio  
Que en caso de esposicion  
Reclamarais el auxilio  
De otro que no fuera yo!  
—Dormid sin cuidado, duque,  
Que en todo evento hombre soy,  
Y os despertaré mañana.  
Volved esta noche vos  
Al baile desde la mesa,  
Danzad, duque, sin temor,  
Y no os acordeis de mí  
Hasta que despunte el sol.”  
Y así el capitan diciendo  
La mano de Diana asió,  
Y á otro aposento pasaron  
Con toda la gente en pos.

Firmáronse alegremente  
Los contratos en union,  
Volvióse á la danza luego  
Y á la mesa se volvió.  
El duque estuvo gozoso,  
El capitan decidor.

Y Diana hermosa y radiante  
Y hebicera como el sol.  
Y aunque no faltó un misántropo  
Que admirado se mostró  
Y auguró mal de esta boda,  
Cenando como un leon,  
Desde la cena, la danza,  
Tercera vez empezó,  
Mas que nunca bullicioso  
Y pacífico el salon.  
Mas justo será añadir  
Como fiel historiador,  
Que mientras seguia el baile  
Y de los brindis el són,  
El capitan y Ginés  
Salían al dar las dos  
De la empinada Toledo  
Por las puertas del Cambron.

## VII.

## DOÑA INES.

Cerraron en un convento  
A doña Ines de Alvarado,  
Y obraron con poco tiento,  
Porque jamás fué su intento  
Tomar tan bendito estado.

Niña alegre y bulliciosa,  
De noble estirpe nacida,  
Pensó libre mariposa  
En volar de rosa en rosa  
Por el jardin de la vida.

Con dos ojos que hallan poca  
La luz del brillante sol  
Y una mente inquieta y loca,  
¿Quién puso bajo una toca  
Corazon tan español?

¿Qué valen las celosías  
Que la aprisionan el ver,  
Si en sus bellas fantasías  
Adora todos los dias  
Sus delirios de mujer?

¿Qué importa ¡pese á su estrella!  
Que algunos doctores viejos  
Nieguen el mundo para ella  
Si presintiéndose bella  
Se encuentra con los espejos?

¿Y qué la importan los sones  
Del salterio sacrosanto,  
Si las lindas tentaciones  
De otro Dios y otras canciones  
Se la acuerdan entre tanto?

¿Cómo abrazar las espinas  
Del ayuno y la oracion

Como escigencias divinas,  
Si hay otras que están ladinas  
Punzándola el corazon?

¿Para que son sussionsidos  
Si de nada han de gozar?  
¿Qué fué para los nacidos  
El mundo á que son venidos  
Si en venir han de pecar?

¿Qué sirven de sus cabellos  
Los mal mutilados rizos,  
Si no ha de prender en ellos  
Una fler que haga mas bellos  
Sus ojos antojadizos?

Do quier que su sombra alcanza  
Curiosa va tras su sombra  
Con afanosa esperanza,  
Y el pié se ensaya en la danza  
Do quiera que halla una alfombra.

Do quier que hablan de virtud  
La causa secreta estudia  
De su secreta inquietud:  
Do quier que encuentra un laud  
Un himno de amor prelude.

Tal vez á solas mirando  
De su mansion los cerrojos  
Las horas pasó soñando,  
Y se encontró despertando  
Con lágrimas en los ojos.

Tal vez desde una ventana  
Al ver la inmensa campiña  
Donde cruza una aldeana,  
Trocar su sayal de lana  
Quiso por una basquiña.

Tal vez al tomar su aguja  
Y al bordar un santo nombre  
La santa labor estruja;  
Que audaz tentacion la empuja  
Aldelinear el de un hombre.

Y así se la van los dias  
En suspirar y gemir,  
Por las bóvedas sombrías  
De las largas galerías  
Que la habrán de ver morir

Y sus ojos se marchitan,  
Y sus labios palidecen,  
Y sus piés se debilitan,  
Y sus delirios la irrigan,  
Y sus pesadumbres crecen.

¡Oh! que al abrir un convento  
A doña Inés de Alvarado  
Obraron con poco tiento,  
Que bien se ve que su intento  
No la llamaba á su estado.